



Madrileño de todas las esquinas  
de la amistad y del diálogo

Fué Premio Nacional de Literatura (1945) y era crítico de arte de PUEBLO

# Ha muerto Manuel Sánchez-Camargo

Don Manuel Sánchez-Camargo, crítico de arte de PUEBLO, falleció a las ocho de la mañana de ayer domingo a consecuencia de una dolencia cardíaca, enfermedad que padecía desde hace tiempo.

Se encontraba en su domicilio y al sentirse enfermo fué trasladado inmediatamente al Sanatorio Covesa, pero el tratamiento no dió resultado y a los pocos momentos dejó de existir.

El entierro se efectuó esta tarde, a las tres y media, desde la casa mortuoria, calle de Miguel Angel, 4, con asistencia de personalidades del periodismo, la judicatura y la enseñanza y la vida artística de la capital de España, constituyendo una sentida manifestación de duelo.

El sentimiento de los que componemos la familia de PUEBLO queda expresado en los artículos que insertamos en esta página.

## EL DOLOROSO ENCARNIZAMIENTO DE VIVIR PARA PENSAR

—¿Va usted a la casa del pobre don Manuel? —me dice el taxista al recibir las señas—. Acabo de oír por la radio...

Voy a casa de Manuel Sánchez Camargo, que se nos ha muerto con la huida visible de su sonrisa conocida en los labios. Su rostro limpio, entre la blancura del sudario, no parecía interrumpir nada. Y, sin embargo, Manolo Sánchez Camargo ha muerto. Hace muchos años —el libro se publicó en 1948— había hecho una novelesca exploración por el mundo del más allá. Su novela se titulaba «Nosotros, los muertos». No eran los muertos efectivos, sino aquellos que, como los presos dostoyevskianos de «La casa de los muertos», estaban todavía en la tierra, y eran los locos.

Se nos ha muerto con ese doloroso, casi loco, encarnizamiento de vivir para pensar, abarcar, mantener en alto fidelidades sumas que ha caracterizado a todos los escritores de su generación: los ya muertos Miguel Hernández y Leopoldo Panero, que se ahogaban de tanto amar («Si yo pudiera decirte todo lo que te quiero, me ahogaría», escribía el oriolano); los que están con nosotros: Rosales, Ridruejo, Vivanco, Muñoz Rojas, Idefonso Gil, Lain, Marías, Muelas, Azcoaga, Gaya Nu-

ño, Cremer, Celaya... «Generación astillada», dijo Lain, por haber aparecido —poco antes, poco después— de esa fecha: 18 de julio de 1936. No han hecho —a pesar de muchos pesares— demasiado ruido. Ha sido mayor la intensidad. La fidelidad a España, a la vocación, a los grandes maestros cercanos, a la entraña —hasta ellos no proclamada con hondura— de la clasicidad patria, a los signos que apreciarían en el juicio, y ellos entreveron, de todas las vanguardias y transformaciones. ¡Qué generación, Dios mío!

Sánchez Camargo fué de aquellos que en los años 40 ponían, al lado del magisterio y estimulante compañía de Eugenio d'Ors, aquel empeño entre furibundo y sereno de que la guerra reciente cerrara su paréntesis para que nada se perdiera y todo se recapitulara y anudara en las artes y las letras. El se dedicó muy especialmente a Solana, que estaba vivo y potente todavía, para constituirle en su categoría de gran promotor y continuador de la más subyugante y estremecedora veta de la expresión artística española. El prosiguió el mismo afán, buscando estas mismas raíces en la escuela pictórica llamada «de Madrid», perfectamente congruente con el gran abanico

de las modernidades de la de París, pero definida por enseñanzas, fidelidades, expresiones de la potencia original de lo español en el mundo. Sus últimas líneas aquí —el pasado sábado— fueron para el temple, la violencia radical, el convulso españolismo de la escultura de Pablo Serrano, su terminante originalidad.

Estábamos acostumbrados —en este periódico, en la televisión, en la radio, en las revistas— a su juicio, sus enseñanzas, sus proyecciones, sus exaltaciones, sus denuncias en nuestro mundo artístico. Estábamos «acostumbrados a su costumbre» —el taxista me recordaba su última intervención en la

TV— de hallarse en todos los sitios donde el arte necesitara una palabra de aliento, de estímulo, de configuración para que lo comprendieran los demás. Vida y obra la suya desbordada y desbordante, mas domada por la paciencia y el imperativo de servir periodísticamente, editorialmente, a la comunicación y a la actualidad. Si, como decía Sartre de Camus a la muerte de éste, ante la encrucijada histórica que vivió el ardoroso autor de «La peste» que su compatriota tenía fuertemente apretado en un puño el hecho moral, podíamos decir que en la mano de Sánchez Camargo —como en las de los poetas y pensadores de su generación— latía fuerte-

mente el compromiso de alzar sobre la vida española el más firme puñado de realidades espirituales que su vocación y entrega cifraron en el campo del arte

Se nos ha ido demasiado pronto, fulminado, el testigo más tenaz de la vitalidad del arte español contemporáneo. Por todos los estudios de los artistas que tenían algo que decir, vagará por mucho tiempo el recuerdo del escritor que más apasionadamente impulsaba su hazaña, que con más seguridad apuntaba hacia el camino que cada uno debía seguir. Manuel Sánchez Camargo, popular y exquisito, sapiente e intuitivo, madrileño de todas esquinas de la amis-

dad y el diálogo, deja en nosotros el áspero perfume de un tiempo de zozobra, afirmación y esperanza que ha exigido los ánimos más templados, la humildad más probada, el saber más consecuente y arrojado. Seguramente él, como sus antecesores en la muerte madrugadora, quizá como todo el elenco de su generación, merecerá después los aforantes honores que en vida no se les ha otorgado en la proporción debida, porque tomaron la tarea de escribir como un servicio cotidiano, una prestación a la España que les tocó proseguir, reconstruir, rectificar y proyectar.

DAMASO SANTOS

## EL HOMBRE Y SU OBRA

El escritor y crítico de arte Manuel Sánchez-Camargo nació en Madrid, el 5 de noviembre de 1911. Se licenció en Derecho y se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Simultaneó la literatura con el trabajo, puesto que fué catedrático de literatura en el Instituto de San Isidro, de Madrid, y ganó oposiciones a judicatura, pasando luego a la situación de excedente.

Muy joven todavía, formó parte de la Redacción de «El Siglo Futuro», de Madrid, e intervino en la vida literaria anterior a la guerra vinculado a las tertulias literarias de Alberti, García Lorea, etc. Apasionado por las nuevas corrientes, escribió muchos artículos sobre pintura, música y literatura moderna. Terminada la guerra, publicó un libro titulado «Ventana», y pasó a formar parte de la Redacción de «El Alcázar», como crítico teatral y de arte. En 1945, le fué otorgado el premio nacional de Literatura por el conjunto de sus artículos. Un año antes había publicado una biografía y estudio sobre el pintor Gutiérrez Solana («Solana»), que obtuvo un gran éxito y consagró a su autor como experto en crítica pictórica. Desde entonces, su labor de crítico de arte ha pesado enormemente en la vida artística nacional.

Entre otras iniciativas y actividades, Sánchez-Camargo fomentó la creación de la llamada escuela de Madrid, y estuvo atento a los diversos movimientos pictóricos producidos en el contorno peninsular. Su labor crítica ha estado realizada con profundidad y grandes conocimientos técnicos.

En 1948 hizo una incursión en el campo de la novelística con su novela «Nosotros los muertos», escalofriante relato solanesco sobre la tenebrosa vida de los alienados en el manicomio, escrito con un realismo tremendo. Otro libro,

«La muerte y la pintura española» (1955), le reafirmó como un gran conocedor del arte pictórico español.

Pronunció conferencias sobre arte en toda la Península y en Sudamérica y, entre otros cargos, ha sido agregado cultural de la Embajada de España en Colombia.

En la actualidad era juez municipal de Madrid, subdirector del Museo de Arte Moderno y secretario técnico sindical.

Por su indudable solvencia desempeñó importantes tareas y cargos en el mundo del arte. Entre otros, miembro del Jurado para otorgar los premios de la Fundación Juan March, comisario de la Bienal de Arte Hispano-Americano, formó parte de diversos jurados en exposiciones de España y fuera de nuestras fronteras; fué premio nacional de Literatura, y en la actualidad era subdirector del Museo de Arte Moderno y catedrático de Historia del Arte, en el Instituto de San Isidro, de Madrid. Su prestigio había llegado más allá de nuestras fronteras, por lo que estaba en posesión de varias condecoraciones nacionales y extranjeras.

Recientemente le había sido concedida la antena de oro por la Agrupación Sindical de Radio-Televisión. Este «oscar» profesional lo hubiera recibido dentro de pocas fechas.

La muerte ha sorprendido a nuestro entrañable compañero ejerciendo, como titular, la crítica de Arte de PUEBLO, Televisión Española, Radio Nacional de España, «Hoja de Lunes», de Madrid, y colaborando en varias revistas especializadas. En todos estos órganos de difusión deja Manuel Sánchez-Camargo importantes muestras de su saber y talento, en innumerables trabajos críticos, de ensayo y divulgación. Descanse en paz nuestro inolvidable compañero y amigo.

## MANOLO

Manuel Sánchez-Camargo ha muerto. La noticia ensombrece las paletas de los pintores españoles, sobre los que él derramó generosidad, porque era un crítico de arte comprensivo, alentador de vocaciones.

Su vida estaba cuadrada por quehaceres múltiples, como juez, catedrático, crítico, escritor y periodista de urgencias, porque sus compromisos de cada día se llevaban a girones su vida para cumplir con los periódicos, la radio, la televisión y, en todo momento, con el amigo que acudía a él en solicitud de algún humano favor, para lo cual Manolo siempre estaba dispuesto.

Madrid pierde un madrileño de cuño tradicional de los que aún tenían acento de señor de la corte, porque había sido niño en esta ciu-

dad cuando la vida era amable en ella; estudiante universitario en los años en que el aire se enrarecía por momentos y luego cuando las cosas eran ya muy graves, las afrontó sin perder su gran tono, adaptándose deportivamente a una época nueva que surgía.

Trabajó mucho en libros tan importantes como «La muerte y la pintura española», tema que le obsesionaba. Y fué amigo entrañable del pintor Solana, sobre el que escribió un libro tan interesante como delicioso.

La amistad llenó la vida de Manolo y, cuando todavía Madrid estaba lejos de alcanzar este ritmo trepidante, acudía a los estudios de sus amigos los pintores, y siempre aglutinando amistad, se le veía por las noches en los restaurantes, con lar-

gas sobremesas, entre amigos elegidos, con los que hablaba de pintura y de sus viajes de descubrimiento de España.

En dos volúmenes ha dejado el perfil de los más importantes pintores contemporáneos, con un estilo gracioso y a la vez profundo, de manera que nadie podrá hablar de estos artistas sin consultar esta obra de Sánchez Camargo.

Ultimamente había terminado un libro que será muy importante en su bibliografía, porque resumió en él todo su gran saber sobre la pintura y estaba muy ilusionado por verlo pronto impreso.

El incendio reciente de su piso de Madrid, donde perecieron sus más queridas obras de arte, hizo zozobrar

su salud; pero era tan elegante también ante la adversidad, que supo disimular su dolor inmenso para no empañar la alegría de los demás.

Hace tres días, aún me hablaba del molino que había reconstruido en Mota del Cuervo y que regalaba al pueblo convertido en museo de arte abstracto, con obras de Tapiés, José Caballero y Clavé, entre otros artistas, además de con muebles antiguos de estilo español.

Los pintores, los periodistas, los jueces, los amigos en general, hemos amargado hoy con el dolor terrible de haber perdido para siempre la presencia de Manolo de Sánchez-Camargo.

Marino GOMEZ SANTOS